



Condenados a ser libres

Sergio Sarmiento

La libertad es uno de esos conceptos que todos defienden en lo abstracto pero que con frecuencia rechazan en la práctica.

No hay político en el mundo al que no le guste incluir en sus discursos algún homenaje a la libertad. Es para ellos un concepto “vendedor”. La palabra misma es sonora y hermosa. Por eso casi nadie está dispuesto a pronunciarse, por lo menos no públicamente, contra ella.

Sin embargo, esos mismos políticos que manifiestan en los podios de los discursos su apoyo a la libertad, aquellos que rinden homenajes constantes a los héroes liberales de antaño, impulsan constantemente medidas que buscan restringirla en todos los aspectos prácticos de la vida: en lo económico, en lo político, en lo religioso y en lo moral.

Hemos llegado al extremo de que los enemigos de la libertad usan a la libertad como excusa para negar la libertad. Una extraña pero común perversión hace que los políticos afirmen que están defendiendo la libertad cuando promueven medidas destinadas a disminuir o incluso eliminar las libertades individuales.

La libertad es un derecho natural del individuo. Para algunos filósofos, de hecho, es la esencia misma del ser humano. Cuando alguien pierde la capacidad de decidir, se queda sin una de las características fundamentales de su humanidad. El filósofo existencialista francés Jean-Paul Sartre lo dijo quizá mejor que nadie al afirmar: “El hombre está condenado a ser libre.”

Los enemigos de la libertad han inventado en los últimos tiempos nuevas ideas para combatirla, pero sin nunca reconocer que ése es su propósito. Así, han inventado lo que llaman los “derechos colectivos”, los cuales no son más que un arma contra los derechos individuales y en particular contra la libertad.

Nos dicen que la sociedad tiene derecho a limitar la libertad individual si con ello logra un beneficio social. Pero cuando se lleva este argumento a sus consecuencias lógicas, se obtienen resultados perversos. Si a la colectividad le conviene, entonces, se pueden violar impunemente los derechos de los individuos o de las minorías.

Lo anterior ha ocurrido muchas veces en la historia. Los derechos colectivos se han convertido en excusa para despojar a las personas de su propiedad o incluso de su vida. Éste ha sido el argumento de los tiranos, quienes siempre afirman que cualquier daño que hagan es compensado por el beneficio a la comunidad. Incluso los genocidas han tratado de justificar sus crímenes por los beneficios colectivos que supuestamente están logrando.

No es nuevo que los políticos y los tiranos combatan la libertad con la excusa de defender la libertad. Desde el espartano Lisandro hasta el romano Julio César, desde el francés Napoleón hasta el ruso Lenin, desde Hitler hasta Stalin, muchos han sido los gobernantes en el mundo que han establecido dictaduras para supuestamente defender la libertad. Esta tradición se ha fortalecido en las últimas décadas. Hoy son muy numerosos los gobernantes que restringen la libertad diciendo que lo hacen para construir sociedades más democráticas y libres.

Por ello es indispensable que le demos renovada dignidad al concepto de libertad. Podemos hacerlo con argumentos prácticos. En materia económica, por ejemplo, los índices de libertad están vinculados con la prosperidad de los pueblos. Un país que cuenta con mayor grado de libertad económica genera también mayor riqueza. Y ésta beneficia a la sociedad entera.

Pero en la defensa de la libertad no debemos limitarnos a los argumentos prácticos. Debemos volver a los principios. Tenemos que defender la libertad por su propio valor: por el hecho de que es la esencia misma del ser humano. Un hombre o una mujer que pierde la libertad, pierde una parte muy importante de su ser.

Poco importa que la libertad implique riesgos, temores y tropiezos. El peor castigo es perder la propia libertad. Manuel Azaña, escritor español y

presidente en la Segunda República de su país, lo decía con claridad: “La libertad no hace felices a los hombres: los hace simplemente hombres.”

La libertad está hoy en riesgo. Cada vez son más intensos los esfuerzos por limitarla. Los gobernantes la restringen con el argumento de que quieren lograr una mejor distribución de la riqueza, cuando lo único que consiguen es un mejor reparto de la pobreza. Pretenden también proteger al individuo de sus debilidades y le prohíben usar ciertas sustancias o disfrutar de ciertos placeres. Al final sólo crean mercados negros en los que prevalecen los intereses más oscuros y la violencia.

“El hombre nació libre, pero vive por doquier encadenado.” Las palabras del filósofo suizo del siglo XVIII Jean-Jacques Rousseau siguen teniendo relevancia en el mundo contemporáneo. Por eso es importante regresar a los caminos de la libertad.